

proclama en honor del general Santa-Anna, que fué el que mandaba las tropas mejicanas que sitiaron Tampico, y entusiasmados los soldados por aquel recuerdo, prorumpieron en vivas á Méjico, á la independencia y al expresado general Santa-Anna. Terminada la revista, las tropas volvieron á sus cuarteles.

Santa-Anna, que se habia persuadido de que los norteamericanos atacarian la puerta del Niño Perdido cuando dispusiesen el asalto á la ciudad, quiso practicar personalmente un reconocimiento del campo enemigo, y salió, para verificarlo, á la cabeza de un trozo de caballería y de unos veinticinco infantes mandados por el coronel Martinez. Así llegó hasta un sitio próximo á la ermita, donde los norteamericanos tenian situada una batería. Al ver á la fuerza mejicana, dispararon sobre ella algunos cañonazos y granadas que fueron á caer cerca de los exploradores. Logrado su objeto, Santa-Anna volvió á la ciudad, cada vez mas convencido de que el intento de Scott era atacar por aquel punto. En la tarde de ese mismo dia 11, los norteamericanos volvieron á la finca llamada Molino del Rey, y establecieron en ella una fuerza. El Molino del Rey linda con la barda de Chapultepec por la parte del Oeste; y el haber vuelto á ocupar aquel sitio que dejaron despues de la batalla del dia 8, revelaba patentemente que abrigaban la intencion de atacar el fuerte de Chapultepec, pues no podia suponérseles otro objeto al ocupar de nuevo un punto que, como he dicho, habian abandonado desde la tarde del dia 8. Aquel movimiento era para los mejicanos una indicacion que debia hacerles ver la necesidad que habia de su parte de ocurrir con prefe-

rencia á la defensa del bosque de Chapultepec, de cuya conservacion dependia la de la fortaleza del mismo nombre situada en una altura; puesto que sin él quedaria la guarnicion privada de todo auxilio y careceria hasta del agua que se toma del expresado bosque.

1847. En la noche del repetido dia 11, los norteamericanos, que habian resuelto el ataque sobre Chapultepec, establecieron, segun la nota que pasó el general Bravo que mandaba aquel punto, al ministro de la Guerra, tres baterías para lanzar sus fuegos sobre el castillo. Una de ellas, con el objeto de batir éste por el lado del Sur y defender á la vez la calzada que conduce de Chapultepec á Tacubaya, en la hacienda de la Condesa. Esta batería constaba de un obús de á ocho pulgadas y de dos cañones de á 16. La otra se situó en la parte mas dominante de las lomas del Molino del Rey, enfrente del ángulo Sud Este del castillo, teniendo un cañon de á 24, un obús de ocho pulgadas y un mortero de 10. La tercera batería, que constaba de una pieza de á 16 y de un obús del mismo calibre que los anteriores, se colocó á trescientas varas al Nordeste del Molino, en las inmediaciones del arzobispado de Tacubaya. Los invasores, con el propósito de llamar la atencion de los mejicanos sobre la puerta del Niño Perdido para poder atacar con mas facilidad Chapultepec, rompieron sobre aquélla, al amanecer del dia 12, un fuego vivísimo de cañon desde la batería de la ermita.

El general Santa-Anna que, como he repetido, juzgaba que aquel punto seria el atacado, lo habia reforzado lo posible; y desde muy temprano se hallaba dando las dispo-

siciones que juzgaba oportunas, entre las puertas de San Antonio y Candelaria. Cuando mas ocupado se encontraba en dictar sus órdenes, se escuchó el imponente ruido del bombardeo dirigido sobre Chapultepec, y el estampido incesante de los cañones situados en las tres baterías levantadas á su frente la noche anterior. La fuerza que guarnecía el bosque y castillo de Chapultepec en el momento que los norte-americanos rompieron sus fuegos sobre ambos puntos, ascendia solo á 832 hombres, segun el parte que el general D. Nicolás Bravo, á quien estaba encomendada la defensa, envió despues de la accion, al ministro de la Guerra. De la expresada fuerza, 367 hombres se hallaban sosteniendo todos los puntos bajos y avenidas del cerro, y el resto, compuesto de los alumnos del colegio militar y de varias partidas de diversos cuerpos, guarnecian la altura. Las piezas de artillería constaban de tres cañones de grueso calibre, cinco de mas corto y de dos obuses de montaña, todas con su competente dotacion de artilleros. La fortificacion del edificio estaba apenas comenzada, y la parte cubierta con blindaje se encontraba demasiado débil para resistir la potente artillería de los invasores.

En vano en estas obras habian trabajado con inteligencia y decidido empeño el entendido teniente coronel de ingenieros D. Juan Cano y el comandante de artillería D. Manuel Gamboa. El tiempo con que habian contado habia sido muy corto, y todo se resentia de la prisa de la construccion. El fuego de las baterías norte-americanas sobre Chapultepec empezó á las seis y media de la mañana  
1847. del 12. Sus diversos proyectiles, superiores á

los que tenian los mejicanos, no causaron gran estrago al principio, por lo incierto de los tiros; pero ratificadas despues las punterías, el edificio empezó á sufrir una lluvia incesante y destructora de bombas, granadas y bala rasa. Este horroroso fuego solo era contestado por tres piezas, únicas de batir que habia en el castillo, pues la cuarta se habia inutilizado desde los primeros tiros. El general Bravo, con el fin de ponerla lo mas pronto posible en estado de hacer uso de ella, pidió que le enviasen una cureña de la ciudadela, pero no se atendió á su pedido, y el cañon quedó sin poder prestar servicio.

El general Santa-Anna, que al empezar el bombardeo sobre Chapultepec se hallaba entre las puertas de San Antonio y Candelaria, despues de dar algunas instrucciones á varios ayudantes, marchó por la Viga, se acercó á la ciudadela, y allí se puso á la cabeza de las brigadas de Rangel y Lombardini, que hacian un total de cinco mil hombres y que formaban la reserva. Deseando saber el estado que guardaba Chapultepec, Santa-Anna envió á uno de sus ayudantes á que preguntase al general Don Nicolás Bravo las novedades que habian ocurrido en el fuerte, y qué necesitaba para su defensa y conservacion. Para igual cosa envió el ministro de la Guerra otro ayudante suyo á que se viese con el expresado general Bravo. La contestacion de éste fué, tanto al presidente como al ministro, que se le enviasen uno ó dos batallones para situarlos en el bosque y reforzar con ellos la corta guarnicion que en él habia distribuida. El justo deseo del general Bravo se vió obsequiado, pues fué reforzada la fuerza del bosque por el batallon activo de San Blas, al mando de su coronel Jicotencal.

El general Santa-Anna ordenó, además, que se situara en el puente de Chapultepec el batallón de Matamoros, de Morelia. Entretanto que todas estas fuerzas estaban en inacción y sufriendo los disparos de los contrarios, el bombardeo y el fuego de cañón continuaba cada vez más terrible sobre Chapultepec. A las doce del día era tan vivo y certero, que habiendo entrado el general Santa-Anna al bosque, y llegando luego hasta el pié de la calzada para observar mejor los efectos de los disparos de las baterías norte-americanas, dió orden á sus ayudantes de que no le siguiesen, y únicamente le acompañaron Don Antonio Haro y el coronel Carrasco. Este último, después de haber permanecido algunos instantes al lado del general, subió al castillo, conduciendo las suficientes municiones de fusil que habían estado detenidas por el fuego que las tropas norte-americanas hacían, impidiendo la comunicación de la calzada. Al llegar á donde estaba el general Bravo, una lluvia de proyectiles sólidos y huecos caía sobre el castillo, destruyendo las paredes y techos del edificio. El general Saldaña, el abogado Lazo Estrada, y otros varios oficiales que se hallaban al lado del general Bravo, animaban con su ejemplo y valor á los soldados que recibían aquella granizada de bombas, granadas y balas de cañón, sin poder ofender á sus contrarios. El general Santa-Anna, después de haber observado los fuegos de los invasores, volvió, por la tarde, al bosque, llevando un batallón para reforzar la obra que miraba al Este, del lado de la alberca, que era el punto á donde, con objeto de desalojar á la tropa que en él se hallaba, dirigían sus disparos. Al descubrir el nuevo batallón y reconocer al

general Santa-Anna, los norte-americanos redoblaron el fuego, y una bomba que reventó en medio de los soldados, causó la pérdida de treinta de éstos y despedazó al pundonoroso oficial Mendez, comandante del batallón, que había hecho la campaña del Norte. Santa-Anna dió orden á la tropa de que se retirase, y él también se retiró á la puerta, donde hizo construir una fortificación que defendiera el lado del jardín y el pié de la rampa. Entre las tropas que mandó retirar del bosque, se encontraba el batallón activo de San Blas, que había sido enviado por la mañana á reforzar la línea. La orden dada á este batallón por el general Santa-Anna para que se retirase, fué sin previo conocimiento del general Bravo, según dice éste en su parte, y ni aun del jefe á quien le había encargado aquel punto.

1847. El fuego que sobre Chapultepec siguieron haciendo los norte-americanos, fué horroroso. Entre seis y siete de la noche envió un recado el general Santa-Anna al general Bravo para que bajase á la puerta llamada del Rastrillo. Obedecida la orden, el primero puso en conocimiento del segundo, que había hecho retirar del bosque el batallón de San Blas, y le ordenó que hiciese igual cosa con la corta fuerza que en el bosque quedaba, pues que su resolución última era reducir la defensa á solo la parte alta de la fortaleza. El general Bravo hizo algunas observaciones justísimas á aquella resolución; observaciones que escuchó el ministro de la Guerra que se encontraba con Santa-Anna, quien, encontrándolas razonadas, convino en la necesidad que había de conservar á todo trance el referido bosque, ofreciendo

en consecuencia al general Bravo que volveria á situar en él un batallon aquella misma noche, sin perjuicio de aumentar esta fuerza y de reforzar á la hora oportuna la guarnicion de la fortaleza. El general Bravo insistió en la urgencia de que el auxilio fuese pronto, exponiendo al general Santa-Anna, que con la tropa que le quedaba era imposible hacer la defensa, en razon de que el batallon de Toluca habia desertado casi todo, y de que la pequeña fuerza restante habia perdido completamente la moral á causa de los fuegos de aquel dia; mas Santa-Anna concluyó con manifestar que no lo verificaba en el acto, por no aglomerar muchas tropas en la fortaleza y presentar mas objeto á los estragos de los proyectiles enemigos, reiterando que, llegada la hora, seria el general Bravo suficientemente auxiliado. Confiando en la promesa de Santa-Anna, el general Bravo volvió á su puesto, cuidadoso de presenciar por sí mismo los movimientos del enemigo.

Poco despues, á las siete y media de la noche, cuando habian transcurrido cerca de catorce horas de fuego, las baterías norte-americanas que habian lanzado sin cesar un número indécible de proyectiles de todas clases, descansaron en su accion de exterminio. Los estragos que en el edificio habia causado el continuo bombardeo, fueron grandes, y no fueron pocas las víctimas que sucumbieron á él. Las piezas del mirador, que se habian destinado á hospital de sangre, se hallaban clareadas por las balas de cañon y las granadas; y muchos de los que habian sido conducidos á ellas heridos, se encontraban muertos y destrozados por los cascos de los proyectiles

huecos. El general Santa-Anna, dos horas despues de haber cesado el fuego, esto es, á las nueve de la noche, se retiró á palacio con sus reservas.

De presumirse era que el objeto de los norte-americanos, despues de haber destrozado en mil partes las fortificaciones de Chapultepec, seria dar el asalto muy de madrugada al llamado castillo. El general D. Nicolás Bravo lo comprendia así, y por lo mismo esperaba con impaciencia el refuerzo ofrecido por Santa-Anna. Pero el batallon ofrecido no fué al bosque, y esto obligó al primero á desmembrar la fuerza que guarnecia la altura, para aumentar con 100 hombres la que sostenia aquél, y con 162 las obras exteriores de la fortaleza, con órden todas estas fuerzas de replegarse al edificio en caso de ser arrolladas por otras superiores á que les fuese imposible resistir. De esta manera la fuerza del bosque se componia de 215 hombres, de 347 la de la glorieta y demás puntos bajos y avanzados, y de 243 la de la fortaleza.

1847. Durante la noche se trabajó con grande actividad en Chapultepec en reparar los estragos que las baterías norte-americanas habian causado en las obras de fortificacion; y el general Monterde que se ocupaba de dirigir aquel trabajo, lo desempeñó con inteligencia y notable empeño. Pero si difícil era en el poco tiempo que aun quedaba reponer los daños causados en la obra material, mas lo era restablecer en los soldados que formaban la corta guarnicion de aquel punto, la fuerza moral, indispensable para las heróicas defensas. Aquellos soldados, casi todos bisoños, y reclutados, como en otra parte dejo consignado, por el sistema de levas, habian permane-

cido todo el día quietos, sufriendo el espantoso fuego de cañon, de bombas y de granadas, sin haber podido hacer uso de las armas por la enorme distancia á que los invasores se encontraban, y viendo morir á sus compañeros, despedazados por los proyectiles. Cuando el soldado ve que puede herir al que le ataca, se entusiasma, combate con vigor, y su valor crece, animado con el calor de la lucha; pero cuando sufre los estragos de las baterías contrarias sin poder causar iguales daños; cuando quieto y sin poder ofender está sufriendo, por espacio de largas horas, una lluvia destructora de bombas y de granadas, el pavor se apodera del alma, y la moral huye. Esto habia acontecido con la corta fuerza que durante catorce horas habia sufrido en Chapultepec los horrores causados por los cañones, morteros y obuses que sin cesar un instante habian estado arrojando el estrago sobre el edificio. Dominados por el terror, la desercion fué grande. «En consecuencia», dice el general Bravo en su nota al ministro de la Guerra, «la guarnicion de las obras exteriores disminuyó, y de todo el batallon de Toluca, que al recibirme del mando ascendia á 450 plazas, no quedaron mas que 27 hombres y los oficiales D. Lauro Cárdenas, D. Julian Molina, D. Manuel Jimenez, D. José María Romero, D. Juan Estrada, D. José María Cortés y Don Angel Colina; por manera que, al amanecer del día 13, solo contaba yo en la parte superior de la fortaleza, con poco mas de 200 hombres para resistir el asalto de tres columnas enemigas, fuertes de 3,500 á 4,000; y aun muchos de esos pocos, desmoralizados por el fatal ejemplo de sus compañeros y por el de algunos oficiales, intentaban

la fuga hasta el grado de haber sido forzoso hacer fuego sobre varios que se descolgaban por las bardas del edificio.» «En vista de tan difícil posicion», decia, «y conociendo que el enemigo intentaria próximamente el asalto, por la viveza con que continuaba sus fuegos, que habia vuelto á comenzar desde las cinco y media de la mañana, dirigí á V. E., una hora despues, mi nota de dicho día 13, en que le manifestaba la desercion de la tropa y la necesidad de que se me auxiliase con otra clase de soldados, pues de lo contrario, la defensa de la fortaleza seria imposible, y mi responsabilidad desde aquel momento debia considerarse á cubierto. El ayudante que condujo esta nota volvió á la fortaleza, manifestándome que quedaba entregada en manos de V. E., á quien encontró en la casa de Alfaro, en union del Excmo. Sr. presidente, que tambien leyó su contenido. Viendo que el tiempo corria, que el enemigo comenzaba á mover sus columnas, que el auxilio pedido no llegaba, á pesar de mi franca comunicacion de la mañana, y de la oferta que me tenia reiterada el Excmo. Sr. presidente de mandarme á la fortaleza dos mil hombres en el momento oportuno; y sabiendo, por fin, que la brigada Rangel se hallaba inmediata á Chapultepec, mandé dos veces, por medio de dos distintos ayudantes, á solicitar de él el auxilio que, mas tarde, seria extemporáneo é infructuoso. Los generales Rangel y Peña y Barragan me contestaron con el segundo de dichos ayudantes, que no podian disponer de sus fuerzas sin órden del general Santa-Anna.»

1847. A las nueve de la mañana tres columnas norte-americanas, á las órdenes de los generales Worth,

Quitman y Pillou, protegidas por un fuego vivísimo de artillería, comenzaron á desplegar, penetrando en el bosque por la parte del Molino del Rey y por el camino de Tacubaya. Las cortas fuerzas que cubrían la trinchera abandonada hácia este último punto, y al bosque, fuerzas que se habían disminuido además por la desercion de la noche anterior, hizo que los invasores avanzasen sin notable obstáculo hasta apoderarse de todas las obras exteriores de defensa. Las tropas desalojadas de sus puntos por los asaltantes, lejos de replegarse á la fortaleza, segun la órden expresada que tenían para hacerlo, y oponer así una heróica resistencia arriba, se desbandaron, privando á los defensores del castillo de su cooperacion. La columna del general Worth, con el objeto de llamar la atencion del general Santa-Anna, y entretener las fuerzas de éste sin que acudiesen al punto verdaderamente atacado, volteó la posicion, simulando un ataque por la calzada de Anzures. El ardid dió el resultado que los invasores se habían propuesto; y mientras Santa-Anna se ocupaba en atender á tres puntos distintos que juzgaba realmente objetivos de los contrarios, el grueso de las columnas de éstos, como he dicho, penetraba en el bosque y se apoderaba de todas las posiciones bajas.

Cercado el cerro completamente, los norte-americanos, con sus mayores fuerzas cargaron por la parte Oeste, que era la mas accesible, y en donde por tal motivo se habían construido las fogatas ó minas que debían hacer la explosion á su debido tiempo. El encargado de prenderlas fuego cuando se le mandase, y el único que, por lo mismo, estaba en el secreto de ellas, era el teniente de ingenieros

D. Manuel Aleman. Los asaltantes, queriendo aprovecharse de lo accesible del terreno por aquel punto, se lanzaron hácia él sin que encontrasen mas resistencia que la que les opuso el valiente coronel Jicotencal con su batallon de San Blas. Pero este obstáculo no podia ser, por su corta fuerza, suficiente para contener el gran número de invasores que trataban de arrollarlo. Pronto, con efecto, se vió cercado aquel batallon por todas partes. Jicotencal cayó muerto en la lucha; y desbaratada y dispersa al fin su gente, los norte-americanos continuaron su avance hácia la cumbre del cerro. El general Bravo, viendo que llegaba el momento de poner fuego á las minas, envió á un ayudante para que comunicase que lo efectuase en el acto el teniente de ingenieros D. Manuel Aleman. «Pero este oficial», dice el mismo general Bravo en su parte al ministro de la Guerra, «sin embargo de haberle »prevenido terminantemente en los momentos de comenzar el ataque, que no se separase del lugar donde debía »aguardar mis órdenes para desempeñar su cargo, no »cumplió, y buscado en el momento crítico y preciso, no »se halló, quedando por consiguiente sin efecto las fogatas, y el enemigo sin este gran obstáculo para su avance. Esta circunstancia por una parte, el crecido número »de enemigos por otra, y la falta de todo auxilio y del repliegue de las tropas que defendían los puntos avanzados, sembró el desaliento en los artilleros que no habían »sido muertos ó heridos, y, abandonadas las piezas, la »confusion y el desórden se comunicaron á los muy pocos »soldados que aun quedaban, sin bastar ningun esfuerzo »para contenerlos y para hacer mas costoso el triunfo al

»enemigo. Este, sin embargo, tuvo una pérdida proporcionada á la resistencia que pudo hacérsele, y por ella, y por el recuerdo sin duda de la que habia experimentado en la accion del dia 8, cuyo éxito habia desanimado considerablemente á sus tropas, se le vió vacilar en el asalto, no obstante lo escaso de nuestros fuegos y las ventajas que habian adquirido; de modo que se puede asegurar que con algun auxilio que hubiese prolongado la defensa por algun tiempo mas, el enemigo, rechazado, habria vuelto á su campo de Tacubaya á verificar la retirada que pocos dias antes se anunciaba estar próximo á emprender.»

1847. La resistencia de la corta fuerza mejicana que guardaba el edificio y que se veia oprimida por el número considerable de contrarios, fué ya imposible. Los pocos defensores que quedaban con vida, fueron hechos prisioneros, así como el general Bravo, que lo fué por el teniente Charles Brower, y conducidos á Tacubaya. «Me es imposible», decia el expresado general al siguiente dia de la accion, al ministro de la Guerra, en una nota escrita en Tacubaya, donde estaba prisionero, «dar á V. E. el detal completo de nuestra pérdida, porque en mi posicion de prisionero carezco de los datos necesarios, pudiendo solamente asegurar á V. E. que de todos los que se mantuvieron en el campo hasta el último momento, los que no fueron muertos, quedaron heridos ó prisioneros. Entre los primeros debo mencionar, por ser de los que hasta ahora tengo noticia, al Sr. general D. Juan Nepomuceno Perez Castro, muerto por una bala de cañon, que de rechazo dió un golpe contuso á mi ayudante el Lic. Don

Francisco Lazo Estrada; al teniente coronel de ingenieros D. Juan Cano, y al comandante de escuadron y mi ayudante de campo D. Luciano Calvo, cuyas familias recomiendo muy particularmente á la proteccion del supremo Gobierno. La mayor parte de los que me acompañaron cumplieron con su deber, y su comportamiento correspondió á lo que exigen el honor y la santidad de la causa que defendemos.»

1847. Tambien fué herido el general Dosamantes, y en la calzada de la Condesa, en que se distinguieron la compañía de cazadores de San Blas y batallon Matamoros de Morelia, salieron heridos el capitan Traconis y el mayor de brigada D. José Barreiro. En las pérdidas sufridas por los invasores en este hecho de armas, se contaba la muerte de uno de los oficiales que condujeron las columnas al asalto, y la herida grave que recibió en una pierna el general Pillou.

Dueños los norte-americanos de Chapultepec, las fuerzas mejicanas que habian estado situadas en diferentes puntos, emprendieron su marcha hácia las puertas de la ciudad. En la Verónica el general Rangel se reunió con algunos piquetes con el general D. Matías Peña que, al frente del batallon de granaderos, y despues de haber hecho notables esfuerzos en la calzada de Chapultepec, se retiraba en órden á la fortificacion de Santo Tomás, haciendo fuego sobre la vanguardia del general norte-americano Worth, que habia resuelto apoderarse de aquel punto. Reunidas en la expresada fortificacion de Santo Tomás aquellas fuerzas mejicanas, hicieron alto, y disparando sus armas contra la columna de Worth, que